

... de Wittemberg. ... en esta página de la vida de Lutero.

... A consecuencia de esto, creyó convenientemente legítima ... CAPITULO XXXIX.

BIGAMIA DEL LANDGRAVE DE HESSE. — 1539-1540.

Costumbres del príncipe. — Su carta á Lutero pidiéndole la legitimación de su bigamia. — Bucero. — Confesion del landgrave. — Consulta á los miembros de la Iglesia de Wittemberg. — Dolor de la Alemania. — La Iglesia reformada enmudece con tal escándalo. — Arrepentimiento de Lutero. — Folleto de Wittemberg.

FELPE estaba unido á Cristina, hija del duque Jorge de Sajonia, y en los diez y seis años de este matrimonio habian procreado ocho hijos. Este matrimonio no habia sido feliz: el duque era colérico, violento, relajado y supersticioso. Enfermó despues del sínodo religioso de Francfort, y habiendo visto en la Biblia, con cuya lectura se complacia, como todo buen reformado, un capítulo del Nuevo Testamento en que San Pablo amenaza con el fuego eterno á los fornicarios, cobró tal miedo, que aun siguiendo su anterior vida, despues de restablecida su salud, no pudo perder de vista la sentencia del Apóstol, que á cada paso se le presentaba para llenarle de terror. Tomó, pues, el partido de renunciar á la comunión. Vuelve á leer la Biblia; mas en esta ocasion se abre el cap. 4.º del libro de Moisés. Felipe juzga que esto es

un aviso del cielo, y á la manera de los profetas de la ley antigua, le pareció debía tener dos mujeres.

A consecuencia de esto, creyó conveniente la legitimación de su bigamia. Poco inquieto de la opinion pública, tranquila su conciencia, solo creyó la alta palabra que borraba de su alma hasta los últimos restos de sus remordimientos, y, en paz con Dios, desterró de sí sus visiones y escrúpulos, que temia casi tanto como á la muerte. No desconocia cuánto habia hecho por la obra luterana, y bien sabia que si hubiese retirado su brazo, habria corrido gran peligro. Los jefes y apóstoles de la Reforma vivian de sus bondades: á unos les habia dado públicamente la plata, á otros los vasos de las iglesias, á muchos otras mitras con que poder casarse y acudir á los gastos del matrimonio. No tenia necesidad mas que de llamar á la puerta de sus palacios, y no le faltaban ya sacerdotes que le absolviesen, y si era preciso hasta que entonasen himnos á su adulterio: mas queria la aprobacion del doctor de Wittemberg y sus discipulos.

Un cura católico, dominico en otro tiempo, luterano después, zwinglista á continuacion, y por fin escéptico consumado, se encargó de redactar la memoria que el príncipe queria dirigir á la Iglesia sajona.

Mas el landgrave quiso tambien escribir por sí mismo. Su carta era lacónica, atrevida y llena de cinismo: decia que tenia necesidad de mujer; y en defecto de Margarita, si se le negaba, tendria que buscar en otros objetos el alimento de su voracidad.

Lutero, acostumbrado como estaba á la obsequiosidad mas cumplida por parte de los poderosos, se irrita de tanta insolencia. En su contestacion asegura su deseo de que el asunto fuese examinado detenidamente por el clero del landgraviato de Hesse. El landgrave queria marchar con su faz descubierta, y creyó conseguir otra aprobacion que no fuera la de aquel clero rebajado, que se plegaba

sin murmurar á todos sus caprichos, y cuya ignorancia despreciaba hasta el mismo pueblo.

Bucero viene, finalmente, en ayuda y socorro del landgrave. Era un teólogo de saber, de palabra florida y dulce y simpática entonacion, alma de cortesano y de serpiente, y que habia hecho toda su vida profesion de apostasia. Murmuraba del convento donde habia mamado todo el saber que poseia en las ciencias teológicas; murmuraba de los pobres sacerdotes, que en su infancia le habian vestido y alimentado; murmuraba del catolicismo, que le habia hecho sacerdote; murmuraba de Lutero, que le habia amparado, elevado y dado á conocer en el mundo; de Carlstadio, de quien habia abrazado la doctrina, y, finalmente, de los sacramentarios, cuya ensenanza celebrara. Pervertido á Lutero, al poco tiempo renegó de su doctrina por pasar á los strasburgueses. Esta boca manchada con tanto perjurio, era la que debia pronunciar el voto mas espantoso que podia salir de los labios de un sacerdote: y se vió arrancar las entrañas á Servet, que no pensaba ciertamente como tal hombre acerca de la Trinidad.

Esta alma, que no podia estar bien en parte alguna, y que no podia dormir sobre ninguna almohada, amaba el oro. El landgrave le derramó á manos llenas, y Bucero redacta una instruccion, dirigida á los grandes teólogos de Wittemberg, y él mismo se encargó de ser el portador y hacerla valer ante ellos.

La instruccion es una confesion de soldado. El landgrave estaba impaciente y acosado por la carne; la contestacion úrgia, y la consulta de los eclesiásticos de Wittemberg no se hizo esperar mucho tiempo. Estaba dividida en 24 artículos: el 21 estaba así concebido:

«Si V. A. está resuelto á tomar una segunda esposa, creemos que debe hacerse secretamente, como dijimos cuando ella pidió dispensa; de modo que no deberán presenciarse el acto mas que el ministro y otras personas de

necesaria presentacion, pero obligándoles á guardar secreto, bajo el sigilo confesional. En esta forma creemos no será el acto contradictorio ni escandaloso considerablemente, toda vez que el concubinato está admitido entre los principes; de modo que si bien el pueblo bajo se escandalizará, los hombres ilustrados verán el hecho de otro modo.

—Nadie debe cuidarse del qué dirán si su conciencia no le grita. Así, pues, aprobamos el nuevo matrimonio.

«V. A. tiene por el presente escrito nuestra aprobacion, no solo para este, sino para todos los casos análogos que ocurran; pero con las restricciones y reflexiones emitidas.»

Esta consulta estaba firmada por Lutero, P. Melanchthon, M. Bucero, Ant. Corvin, Adam, J. Leningen, J. Winther, D. Melander; es decir, de todos los notables, flor y nata de la Reforma.

Las capitulaciones matrimoniales entre Felipe y Margarita fueron redactadas sin duda por un teólogo luterano; el notario no se presentó tal vez mas que á poner su refrendata; el teólogo, para justificar la bigamia del landgrave.

S. A. declara en ellas que no toma por mujer á Margarita escitado de la curiosidad, ni del desprecio del derecho civil, sino porque le seria imposible vivir conforme á los preceptos de Dios, y merecer el cielo sin un doble matrimonio.

Todo el que en la Reforma conservaba algun resto de pudor enmudeció de escándalo tan grave. El elector de Sajonia se cubrió la cara con sus manos cuando vió por la primera vez á Bucero de vuelta de Wittemberg.

Bucero, como hombre hábil, conocedor del corazon humano, dejó que estallase esta cólera. Cuando se hubo templado, empezó por hacer un brillante elogio de la piedad del principe y de su amor á sus pueblos, y, en nombre de

él, prometió al elector los socorros que necesitara para contener al Emperador. y acabó por enseñarle un escrito, en que Cristina daba su consentimiento al nuevo matrimonio. El elector permanece inflexible, y Bucero tuvo que retirarse por su honra.

El matrimonio se celebró el 3 de marzo de 1540, en Rothenburgo sobre el Fuld; en presencia de Melanchthon, de Bucero y de otros teólogos.

Se quiso guardar silencio sobre esta bigamia; pero la niña y su madre, tentadas por el demonio de la vanidad, divulgaron el secreto. La familia del principe, el duque Enrique y su hermana, se irritaron altamente, mas bien que por causa del interes religioso, por virtud de las consideraciones mundanas, que hablaban muy alto en la Alemania. En Dresde era la madre de Margarita objeto de las burlas y las humillaciones de una corte orgullosa, que deseaba espíase la madre la elevacion de su hija, por todos los medios que mas pueden herir el corazon de una madre y de una mujer.

El landgrave habia dejado su Biblia; y en paz con Dios, con su conciencia y con su Iglesia, marchaba con la frente alta, dando el brazo á sus dos mujeres cuando iba al sermon, sentándose á la mesa entre ambas, y presentándolas á las dos á sus cortesanos.

La Iglesia reformada estaba muda. Hubiese ella preferido echar un velo sobre este impúdico matrimonio, y dándose por contenta de que ninguna mano católica viniese á levantarlo.

Mas aun tenia otra cosa mucho mayor de que avergonzarse; á saber: de aquel consentimiento y aprobacion que Lutero y Melanchthon, las dos lumbreras de la Reforma, dierran á la bigamia del principe, diciéndole: «Descansa en paz; acércate cuando quieras á la mesa eucarística, para comer y beber cuando quieras la carne y la sangre de tu Dios.» Esta es la página que á todo precio hubiesen ellos querido

rasgar, y que si bien consiguieran esconder por un momento, quiso Dios que alguno la estrajese de los archivos de la Hesse: una mano protestante fue, y ella sacó á luz el deshonor de su secta.

Por lo demas, la Reforma tomó su partido: se unió á los católicos para execrar la impudencia de Lutero y Melancthon, quienes, antes que firmar actos tan escandalosos, debieran cortarse la mano. Los dos sufrieron en esta vida el castigo de su falta: ¡Melancthon, siendo atacado repentinamente de una enfermedad que sufrió como una espacion; Lutero, renegando de su obra, y proclamando en cada ocasion que se le presentaba la indisolubilidad del matrimonio!

Y aconteció que, existiendo un alma tan vil que pudiese celebrar al landgrave por medio de un folleto, que apareció bajo el pseudónimo de *Huldreich Neobulus*, el doctor de Wittemberg arroja lejos de sí tan infame libro, y esclama:

—¡Bribon! Que el diablo dé un baño de fuego en lo profundo del infierno á quien te escuche y sea tentado de tomar segunda mujer: esta es mi opinion bien segura, y cuando tú, malvado, y todos los diablos, vengan á enseñarme otra doctrina, yo no os escucharé; yo sé muy bien que un hombre no puede abandonar á su mujer.

Lutero no se acordaba ya de lo que habia dicho en otra ocasion: «¡Que ningun testo bíblico prohíbe la poligamia!»

Esta es la página que á todo precio hubiesen de destruir los enemigos de la Reforma. Melancthon, que habia sido el primero en declarar la independencia de la Reforma, se volvió á ser el primero en declarar la independencia de la Reforma. Lutero, que habia sido el primero en declarar la independencia de la Reforma, se volvió á ser el primero en declarar la independencia de la Reforma.

tormento del metecristo: la vez á pronunciar nuestra sen-
femora: Al Papa las penas y los dolores sin fin: á mi, la por-
pre cristiana, que se proclamaba la verdad y la libertad,
la gloria y la bienaventuranza eterna. Esto hecho de
interior, que ordinariamente inspira dulces palabras, votos
lentos de entrecierros.

CAPITULO XL.

DISGUSTOS Y PADERMIENTOS DE LUTERO.

Lutero enfermo en Schmalkalda.—Sus deseos contra el papado.—Lutero jamás supo orar.—Muerte de su padre.—Dietrich.—Carta de este á Melancthon.—Crisis.—Súplica á Dios.—Muerte de Magdalena.—Oficios piadosos de su padre.—Testamento del doctor.—Folleto contra el papado.

La vejez vino á Lutero antes de tiempo. A sus últimos dias estaban reservados los mayores disgustos que hasta entonces habia probado: la muerte de sus padres, á quienes amaba entrañablemente; la pérdida de dos de sus hijos, sobre todo de Magdalena, que lloró toda su vida; el destierro de algunos de sus amigos; la apostasia de muchos de sus discipulos; la degeneracion, en fin, de su obra, y las enfermedades. Estos golpes del cielo, que se sucedian con cortos intervalos, imprimieron en su alma un carácter de desesperacion, que exhala alguna vez en quejas, en que apenas se reconoce al *hijo de Cristo*.

En 1537, enfermo de la vejiga en Schmalkalde, en terminos que á cada momento se creia morir, aun tuvo bastante fuerza para incorporarse en la cama y dirigir una súplica á Dios, cuyo modelo no encontró ciertamente en los Libros Santos. «¡Señor del cielo, mi Dios y Señor! gritaba: voy á morir yo, el enemigo de tus enemigos; yo, espanto y